

entrevista

Luis García Montero / Poeta y ensayista

“Se está formando a una juventud sin ilusión por el contrato social”

por Jaime Fernández

Luis García Montero (Granada, 1958) es poeta y ensayista. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Granada, obtuvo su Doctorado en esta universidad. Es uno de los poetas más significativos de la poesía española de hoy. Profesor titular del departamento de Filología Española de la Universidad de Granada, ha sido galardonado con numerosos premios, entre los que destacan el Loewe, el Adonais y el Premio Nacional de Poesía en 1995. Recientemente intervino en el VIII Foro Educativo de Castilla-La Mancha organizado en Albacete por la Federación de Enseñanza de CCOO de esta comunidad.

Falta una formación para la ciudadanía, que revalorice el espacio de lo público, frente a las inercias de las leyes del mercado. En esta entrevista el poeta y profesor universitario, Luis García Montero, advierte de que se está formando a una juventud sin ilusión por el contrato social que se necesita para promover esa formación cívica

Se habla de la necesidad de un pacto social en la educación, pero no parece que sobren ideas.

La defensa de un pacto social por la educación parte de la necesidad de evitar que se halle a merced de cambios de gobiernos o de coyunturas. De todos modos, la idea del pacto social está en los orígenes de la modernidad. La sociedad moderna tuvo que inventarse una metáfora para justificar su nacimiento. En la Edad Media el poder era ascendente, la sociedad era heredada de la voluntad divina. Pero cuando los seres humanos quisieron ser libres, tuvieron que buscar una causa terrenal. El origen de la sociedad era su propia voluntad de convivencia, por lo que se inventó la gran metáfora del contrato social, del que deriva el pacto pedagógico. El objetivo era equilibrar los intereses privados y públicos de la sociedad para lograr que el Estado funcionara. Por ello en la Ilustración se dio tanta importancia a la educación.

Una de las ventajas del pacto es que compromete a los firmantes. Sin embargo, ahora estamos viviendo una nueva versión del organicismo económico, donde parece que los individuos pueden participar o quedarse al margen de las leyes establecidas por el mercado. Por ello, el contrato pedagógico más que crear individuos para consumir, para el mercado, incide en la formación del ciudadano y no sólo del empleado, del contribuyente, del cliente o del consumidor.

¿No crees que el problema del fracaso escolar responde a una cuestión de mentalidad?

Esto me recuerda a una película documental sobre el Pozo del Tío Raimundo, de Vicente Córdoba, que vi hace dos meses, y en la que se cuenta cómo la gente emigrante, que llegaba desde el analfabetismo rural para ganarse la vida en Madrid, descubrieron que su prioridad era educarse. Después de diez horas diarias de trabajo aprovechaban para acudir a la escuela y aprender. Ahora entre los nietos de esos luchadores hay un índice de fracaso escolar radical. No les interesa estudiar en absoluto porque pueden entrar a trabajar en cualquier sitio.

En España se ha sufrido un fuerte cambio antropológico que va más allá del cambio político. Es un cambio de educación sentimental. Hemos pasado de un país marcado por la pobreza y el subdesarrollo a otro instalado en el capitalismo avanzado. Ese cambio brusco en tan pocos años ha producido desarreglos en la mentalidad de la gente. De ahí que ahora los chicos se pregunten para qué estudiar cuando sus abuelos analfabetos se esmeraban para aprender.

Nuestra generación luchó contra la represión, pero con la rápida llegada de la sociedad consumista no hemos sabido dotarnos de una moral pública basada en el respeto y en el conocimiento. Hay que tener en cuenta que nuestra transición fue muy breve y rápida. Yo, por ejemplo, he vivido más experiencias compartidas con mis abuelos que con mis hijas.

¿De qué manera está influyendo en la precariedad cultural de los jóvenes la ausencia de un relato coherente?

He observado que los niños de ahora son incapaces de soportar un relato coherente. Están pasando constantemente de una cosa a otra. Viven la realidad de forma fragmentaria, sin planteamiento, ni nudo ni desenlace, con un ritmo típico de la publicidad. Y las ilusiones colectivas son relatos. Hay que tener conciencia del pasado del que se viene y mirar hacia el futuro desde el presente y ese pasado. Lo que yo sufrí no quiero que lo sufran mis hijos. Hemos de ser conscientes de que ellos tienen unos códigos muy distintos de los nuestros y hacer lo posible para conocerlos y adaptarse a ellos. La educación tendría que servir para devolvernos el relato social y la ilusión por el pacto pedagógico.

La verdad es que nos enfrentamos a un nuevo tipo de analfabetismo, el de una falta de formación para la ciudadanía. En cambio, se está formando a una juventud sin ilusión por el contrato social, como si el conocimiento sólo sirviese para el currículum personal y no para formar parte de una sociedad de ciudadanos. Es el caso del chaval que entra a trabajar como cajero en un supermercado con la idea de que con su salario se comprará una moto y saldrá los domingos por Madrid. Sin embargo, estos jóvenes son los que, cuando viene una crisis como la actual, pagan la factura más alta.

¿No será que a esta generación de jóvenes le falta un referente con fuerza, que despierte en ella lo mejor?

En Internet se está generando un populismo nefasto, que recuerda al que utilizaba la iglesia en sus sermones para socializar a los creyentes. A veces la información que circula por la Red raya en la superstición. Más que comunicación e información, lo que hay es fanatismo.

¿Qué le parece la reivindicación del ministro de Educación del esfuerzo en el estudio?

Tengo mucha confianza en Ángel Gabilondo, quien además es amigo mío. En el asunto del esfuerzo en el estudio, pienso que la libertad es una responsabilidad al mismo tiempo que un derecho. El esfuerzo es fundamental. A la hora de exigir hemos de ser muy claros para elegir el tipo de inercia pedagógica que queremos aplicar. Si se quiere volver a la mano dura, que es lo que pide el PP, y al

endurecimiento de la legislación sobre menores, o si se opta por la responsabilidad colectiva. Los que apostamos por los espacios públicos defendemos que hay un nivel de exigencia para participar en ellos. En la formación del niño es fundamental la formulación de una moral pública. Otra palabra que me parece peligrosa es “lúdico”. Hubo una época en que todo tenía que ser lúdico.

¿Crees que el proceso de Bolonia cuestiona la identidad de la universidad española?

Tenemos que aclarar si europeizar la educación española significa homologarnos en materia de titulaciones o crear un marco europeo de educación. Para evitar el nuevo analfabetismo tenemos que modernizar las características del contrato social y la única manera es firmar un contrato social planetario. Y hoy día los valores de la ciudadanía son los más universales que tenemos. Yo he defendido unos valores europeos basados en una cultura ilustrada occidental y que creyese en el Estado y en el espacio público y que asegurase una educación pública y estatal, al servicio de la formación del ciudadano. Si hacemos de Europa únicamente un marco económico, que sirva para corromper las conquistas sociales logradas por los estados nacionales; si hablamos de Europa para referirnos a un Estado neoliberal, copiado del modelo educativo norteamericano, entonces eso me llena de preocupación. Tenemos que aclarar qué tipo de educación queremos y para qué clase de Europa.

¿Qué opinas de la escasa presencia de la enseñanza de la literatura en la enseñanza obligatoria?

Desgraciadamente la literatura ha desaparecido de los planes de estudio de la enseñanza obligatoria. Ahora se estudia una asignatura que se llama Lengua y Literatura, de modo que el trabajo de los profesores se centra casi exclusivamente en la enseñanza de la lengua y apenas queda espacio para la literatura. Es preciso abrir un debate sobre este asunto. ¿De qué sirve que el Estado se esfuerce por promocionar la lectura si no se apoya a los profesores de literatura en los colegios e institutos? Se trata de que los chicos aprendan a leer y que conozcan la literatura aquéllos que luego no vayan a estudiarla porque elijan otros estudios. El hecho literario es un contrato entre el autor y el lector; el autor crea la cita, el lector acude a ella. El ejercicio de la lectura es muy participativo, por lo que debe tener un peso fundamental en la formación de los niños y jóvenes. El autor no puede existir sin el lector, y éste sin el diálogo con el autor. La pérdida en los planes universitarios y en Secundaria y Primaria de las humanidades y la literatura es una factura que tarde o temprano tendremos que pagar.

“Estamos renunciando al significado de la palabra universidad”

¿Vamos a hacia una universidad de enseñanzas exclusivamente técnico-profesionales?

Si nos cargamos las humanidades en los colegios e institutos, ¿para qué nos hace falta formar a humanistas en las universidades? Estamos renunciando al significado de la palabra universidad. Hay que recordar que ésta contribuyó a la separación del dogma de la iglesia.

El descenso de alumnos matriculados en carreras de humanidades ha sido brutal en los últimos años. Pero, como ya dije antes, el terreno está abonado en los niveles anteriores a la universidad, en los que estas enseñanzas están relegadas. Parece que la tendencia es que quien quiera especializarse en humanidades va a tener que pagarse un máster.

Con la rápida llegada de la sociedad consumista no hemos sabido dotarnos de una moral pública basada en el respeto y en el conocimiento.

“Tiene menos mérito publicar en una editorial universitaria que en una privada”

¿Qué pintan las enseñanzas humanísticas en una universidad concebida como la antesala del sistema productivo?

Es una cuestión muy preocupante. Por ejemplo, aplicar para los estudios humanísticos los mismos criterios de evaluación que para la química o la física es un disparate, incluso geográfico. Ahora los mejores historiadores y filólogos y profesores de literatura y lengua están en España. A lo mejor a una disciplina como la química le interesa copiar el modelo de Oxford o Harvard. Pero donde se sabe verdaderamente literatura o historia de España es en España. A la hora de apoyar una investigación universitaria hay que apoyar la calidad de ésta, no si el libro en el que se publica se venderá más o menos. Sin embargo, en este momento tiene menos mérito publicar en una editorial universitaria que en una privada. Esto es una prueba más del abandono a una inercia de neoliberalismo radical, que pretende imitar el modelo norteamericano de universidad.